

CLÁSICOS
A MEDIDA



Un mundo feliz

Aldous Huxley

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA



Un mundo feliz

Aldous Huxley

Adaptación de Vicente y Laura Muñoz Puelles

Ilustraciones de Xavier Bonet

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Un mundo feliz*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en www.anayainfantilyjuvenil.com

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Vicente y Laura Muñoz Puelles, 2024
© De la ilustración: Xavier Bonet, 2024
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

1.ª edición, septiembre 2024

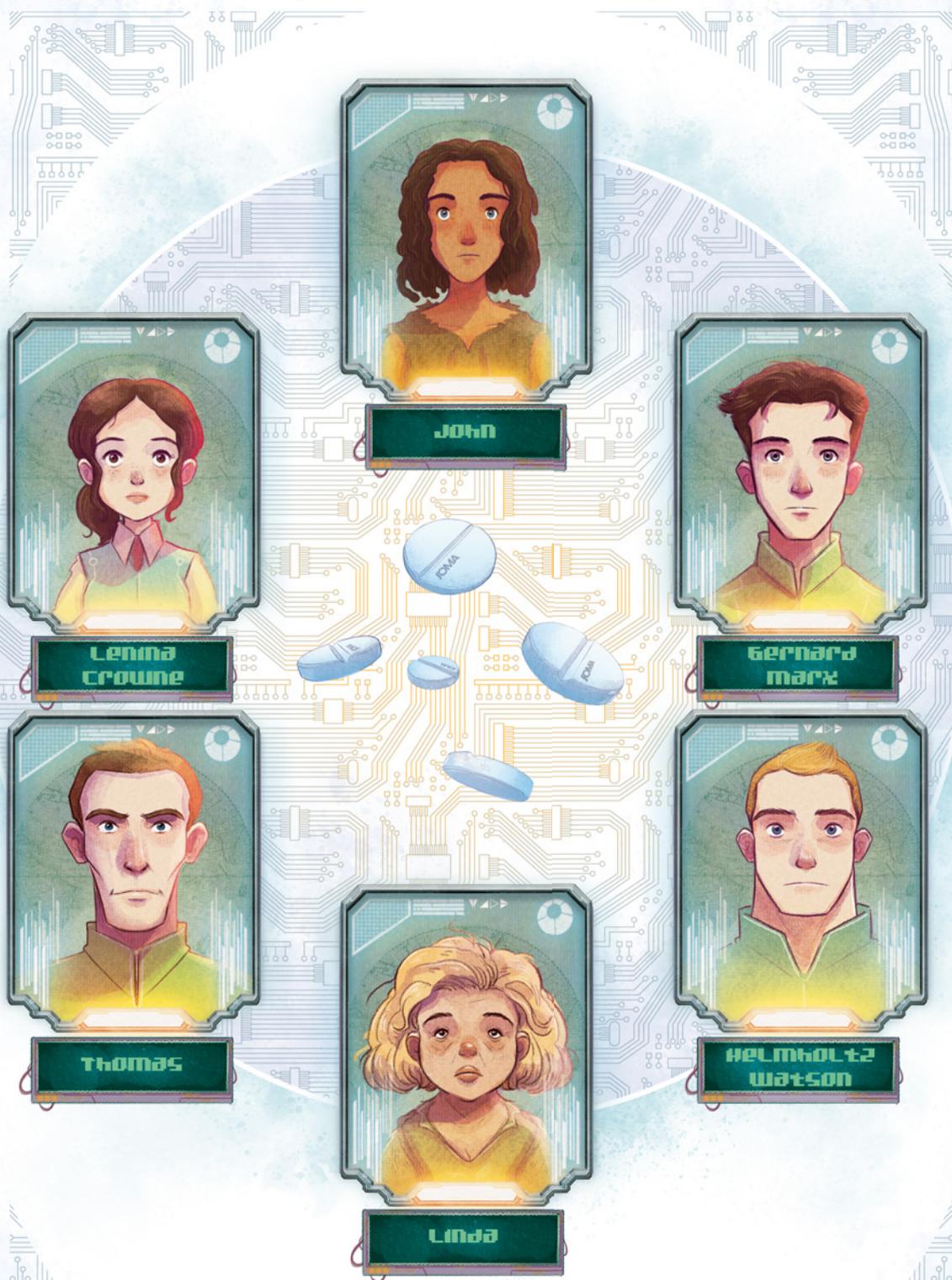


ISBN: 978-84-143-4163-6
Depósito legal: M-16319-2024
Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Introducción	5
Capítulo I	21
Capítulo II	31
Capítulo III	39
Capítulo IV	47
Capítulo V	53
Capítulo VI	61
Capítulo VII	67
Capítulo VIII	75
Capítulo IX	81
Capítulo X	87
Capítulo XI	95
Capítulo XII	103
Capítulo XIII	109
Capítulo XIV	115
Capítulo XV	123
Capítulo XVI	129
Capítulo XVII	135
Capítulo XVIII	143
Apéndice	155



Un mundo feliz

Capítulo I



Un edificio gris, macizo, de treinta y cuatro pisos. Sobre la entrada principal, las palabras *CENTRO DE INCUBACIÓN Y CONDICIONAMIENTO DE LA CENTRAL DE LONDRES* y, en una placa, el lema del Estado Mundial: *Comunidad, Identidad, Estabilidad*.

La enorme sala de la planta baja estaba orientada al norte. Una luz pálida y fantasmal entraba por los ventanales y arrancaba destellos del cristal, el níquel y la porcelana de los instrumentos de laboratorio. Enfundados en sus batas blancas, los trabajadores llevaban las manos cubiertas con guantes de goma de un tono cada-
vérico y se inclinaban sobre los oculares de los microscopios, alineados a lo largo de las mesas. La temperatura era tropical.

—Y esta —dijo el director, abriendo la puerta— es la Unidad de Fecundación.

Trescientos fecundadores trabajaban en silencio cuando el director de Incubación y Condicionamiento (DIC) entró en

la sala, seguido de cerca por un grupo de estudiantes muy jóvenes.

Cada uno de ellos llevaba un pequeño cuaderno donde garabateaba apresuradamente lo que el gran hombre decía. Y es que el DIC de la Central de Londres siempre prefería acompañar en persona a los nuevos alumnos en su visita por los diferentes departamentos.

—Solo para darles una idea general —explicaba.

Y es que, naturalmente, algún tipo de idea general debían tener para cumplir adecuadamente con sus funciones, si pretendían ser miembros felices y útiles para la sociedad.

—Mañana —añadió, con una sonrisa— ustedes se dedicarán a un trabajo serio y no tendrán tiempo para vaguedades. Mientras...

Mientras, escuchaban al gran hombre y anotaban sus palabras.

Alto y delgado, muy erguido, el DIC avanzó hacia el centro de la sala. Tenía la barbilla prominente y los dientes bastante grandes, apenas cubiertos por unos labios carnosos. ¿Viejo? ¿Joven? ¿Treinta? ¿Cincuenta? ¿Cincuenta y cinco? Era difícil saberlo. De todos modos, en aquel momento del año 632 después de Henry Ford¹, esa cuestión no interesaba a nadie.

—Empezaré por el principio —dijo el director.

Y los estudiantes más aplicados anotaron la intención del director en sus cuadernos: «Empezaremos por el principio».

—Estas son las incubadoras —dijo el DIC, señalando unos armarios acristalados, que contenían filas de tubos de ensayo con etiquetas—. Aquí tenemos la provisión semanal de óvulos conservados a treinta y siete grados. Los espermatozoides —señaló

¹ Empresario estadounidense (1863-1947), creador de las cadenas de producción modernas, utilizadas para la producción en masa. Huxley emplea su nombre para fechar los años de una supuesta era fordiana, de la que han transcurrido 632 años.

otro armario— han de conservarse a una temperatura inferior, que es de treinta y cinco grados.

Apoyado aún en las incubadoras, mientras los lápices de los estudiantes seguían deslizándose por las páginas, el director les ofreció una breve descripción del moderno proceso de fecundación. Primero expuso la fase quirúrgica:

—La extirpación del ovario se produce siempre voluntariamente, en beneficio de la sociedad —explicó—. Lleva consigo una bonificación equivalente al salario de seis meses.

A continuación resumió la técnica para mantener el ovario extirpado vivo y en continuo desarrollo. Los óvulos desprendidos y maduros se conservaban en una solución especial.

Llevó a sus alumnos a las mesas de trabajo y les mostró cómo se extraía esa solución de los tubos de ensayo; cómo se vertía, gota a gota, sobre los portaobjetos previamente caldeados de los microscopios; cómo se inspeccionaba cada óvulo en busca de posibles anomalías y, si era apto, se trasladaba a un recipiente poroso; cómo ese recipiente era sumergido en una suerte de sopa tibia donde los espermatozoides nadaban libres, en una concentración mínima de cien mil unidades por centímetro cúbico; cómo, pasados diez minutos, el recipiente se retiraba de la sopa y se examinaba de nuevo su contenido; cómo, si algún óvulo quedaba sin fertilizar, volvía a sumergirse una y otra vez, hasta que lo conseguía.

Los óvulos fecundados regresaban a las incubadoras, donde los Alfas y los Betas, destinados a convertirse en seres humanos de alto nivel, permanecían hasta ser embotellados definitivamente, mientras que los futuros Gammas, Deltas y Epsilones, destinados a convertirse en seres humanos de menor nivel, se extraían después de solo treinta y seis horas, para ser sometidos al método Bokanovsky.

—¡El método Bokanovsky! —repitió el director, apuntando al techo con el dedo índice.

Y los estudiantes subrayaron el nombre en sus cuadernos.

Un óvulo, un embrión, un adulto. Eso era el proceso normal. Pero un óvulo bokanovskificado, esto es, sometido a sucesivos tratamientos extremos, como radiaciones, cambios bruscos de temperatura e inmersiones en alcohol, se dividía varias veces hasta dar lugar, en el mejor de los casos, a noventa y seis seres humanos idénticos, en vez de uno solo. Eso era el progreso.

Un estudiante se atrevió a preguntar qué ventaja tenía ese método de producción artificial de los seres humanos, en comparación con la reproducción natural.

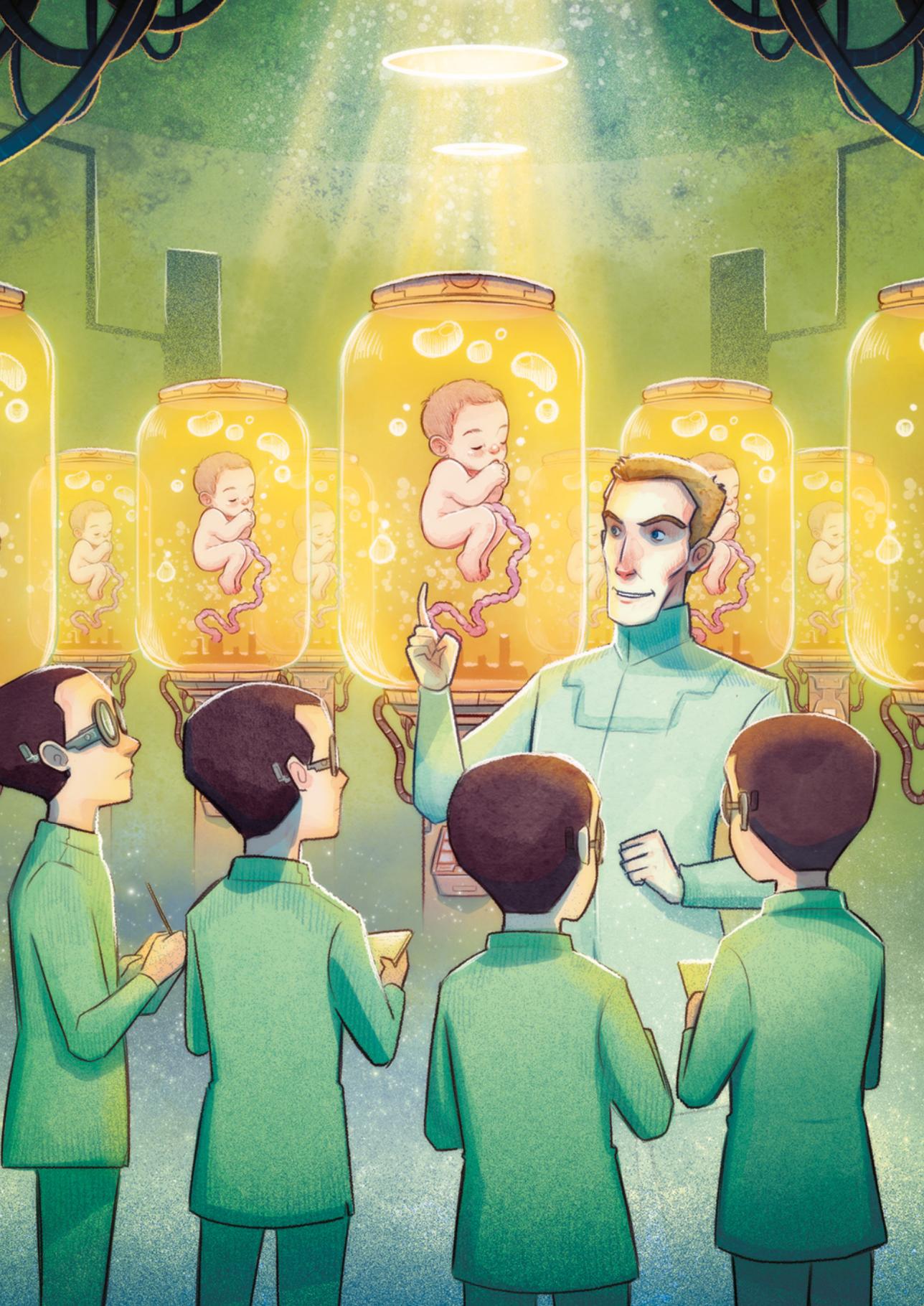
—¡Hijo mío! —exclamó el DIC, volviéndose hacia él—. ¿No lo ve usted? ¿No puede verlo? —Levantó una mano con expresión solemne—. ¡El método Bokanovsky es uno de los mayores instrumentos de la estabilidad social! Piénselo detenidamente: hombres y mujeres en serie, idénticos, en lotes uniformes. El personal entero de una pequeña fábrica puede ser producto de un solo óvulo bokanovskificado, lo que hace que todos sus miembros reaccionen al mismo tiempo y se comporten de modo idéntico. Si pudiéramos bokanovskificar indefinidamente, no habría problemas. Pero ¡ay! —suspiró, moviendo la cabeza—, no podemos hacerlo. Un solo óvulo es incapaz de proporcionarnos más de noventa y seis individuos.

Llamó a un joven rubio de ojos azules y aspecto saludable, que pasaba junto a ellos en aquel momento:

—¡Señor Foster!

El joven se aproximó.

—Venga con nosotros —le mandó el DIC— e ilumine a estos muchachos con sus conocimientos.



—Con mucho gusto —añadió el señor Foster, sonriente, y los condujo a la Sala de Envasado.

Era una estancia calurosa y húmeda, donde los óvulos fertilizados se colocaban en una solución salina² y pasaban de los tubos de ensayo a unos frascos mayores. Luego, mediante una cinta transportadora interminable, esos frascos llegaban a los etiquetadores, que hacían constar los antecedentes, la fecha de la fecundación y el grupo Bokanovsky al que cada óvulo pertenecía. Desde allí eran transferidos a los oscuros sótanos.

El señor Foster los guio hasta una escalera descendente, por la que bajaron.

Dos puertas y un pasadizo con un doble ángulo protegían los sótanos de cualquier posible filtración de la luz.

—Los embriones son como una película fotográfica —bromeó el señor Foster, mientras empujaba la segunda puerta—. Solo soportan la luz roja.

Y, en efecto, la oscuridad tropical en la que se encontraban fue dando paso a un entorno visible y carmesí. Los frascos, alineados en filas inacabables, brillaban como rubíes, y entre ellos se movían los pálidos y rojos espectros de mujeres y hombres. El chirrido de la maquinaria sacudía el ambiente.

—Deles unas cuantas cifras, señor Foster —dijo el director, cansado de hablar.

El señor Foster se sintió muy feliz de poder darlas.

—El sótano tiene doscientos veinte metros de longitud, doscientos de anchura y diez de altura —explicó, señalando al techo.

Los estudiantes vislumbraron varios niveles de estantes. Cada estante era en realidad un transportador que viajaba a

² *Solución salina*: mezcla acuosa de sales, particularmente cloruro de sodio.

una velocidad reducida, ocho metros al día. En la mañana del día 267, cada frasco llegaba a la Sala de Decantación.

—Pero en el intervalo —concluyó el señor Foster— nos las hemos ingeniado para hacer muchas cosas más. ¡Muchísimas cosas! —se jactó, con una sonrisa triunfal.

—Ese es el espíritu que me gusta —comentó el DIC—. Demos una vuelta. Cuénteles todo, señor Foster.

El señor Foster se lo contó debidamente.

Les habló del desarrollo de cada embrión en su recipiente y les enseñó las mangueras con las que determinadas sustancias se inyectaban automáticamente, a medida que recorrían la cinta. Describió la circulación materna artificial instalada en cada frasco, en el metro 112 de la cinta, y les mostró el depósito de sangre artificial y la bomba centrífuga³ que mantenía el líquido amniótico en movimiento dentro de la falsa placenta.

También les habló del mecanismo mediante el cual todos los embriones eran sacudidos simultáneamente para familiarizarlos con el movimiento. Dejó entrever la gravedad del llamado «trauma de la decantación» y enumeró las precauciones tomadas para reducirlo a un mínimo, mediante el correcto entrenamiento del embrión envasado. Y les habló de las comprobaciones de sexo y de las esterilizaciones que se llevaban a cabo para controlar la población.

—También predestinamos y condicionamos —explicó el señor Foster—. Decantamos⁴ nuestros bebés como seres

³ *Bomba centrífuga*: máquina o artefacto para impulsar agua u otro líquido en una dirección determinada.

⁴ *Decantar*: separar un líquido del poso que contiene, vertiéndolo con suavidad en otro recipiente. En este caso es un proceso equivalente al nacimiento, pero sin la presencia de la madre.

humanos socializados, como Alfas o Epsilones, como futuros poceros⁵ o futuros... —iba a decir «futuros controladores mundiales», pero rectificó a tiempo y dijo— futuros directores de incubación.

El DIC agradeció el cumplido con una sonrisa.

Se encontraban al nivel del metro 320 del estante número 11. Un joven mecánico Beta Menos manipulaba con un destornillador y una llave inglesa la bomba de sangre artificial de un frasco que transitaba. El chirrido del motor eléctrico se iba haciendo más grave a medida que apretaba las tuercas. Examinó el contador de revoluciones, retrocedió dos pasos y empezó el mismo proceso con la bomba siguiente.

—Este hombre se encarga de reducir el número de revoluciones por minuto —aclaró el señor Foster—. La sangre artificial circula más despacio, por lo que pasa por el pulmón a intervalos mayores de tiempo y suministra menos oxígeno al embrión. No hay nada como la escasez de oxígeno para mantener un embrión por debajo de los niveles normales —matizó—. Cuanto más baja es la casta⁶, menos oxígeno se le suministra. El primer órgano afectado es el cerebro. Después, el esqueleto.

Se detuvieron ante un estante de embriones destinados a trabajar en países tropicales o sometidos a las altas temperaturas de las fábricas metalúrgicas. El señor Foster les explicó que los embriones eran expuestos a temperaturas cálidas en una cámara y luego, en otra, a un frío insostenible, de forma que al dejar sus frascos y convertirse en bebés amaran el calor y temiesen el frío. Más tarde, sus mentes serían entrenadas para reaccionar adecuadamente a los cambios de temperatura.

⁵ *Pocero*: persona encargada de limpiar los pozos o depósitos de inmundicias.

⁶ *Casta*: clase o grupo social. En este caso, la casta más alta sería la de los Alfas y la más baja la de los Epsilones.

—Nosotros los condicionamos para resistir el calor —concluyó el señor Foster—. Y nuestros colegas de arriba les enseñarán a amarlo.

—Y ese —añadió el DIC sentenciosamente—, ese es el secreto de la virtud y la felicidad: amar lo que uno tiene que hacer. Todo condicionamiento aspira a esta meta: conseguir que la gente se adapte con agrado a su ineludible destino social.

En un espacio entre dos túneles, una enfermera se encontraba sondeando delicadamente, con una larga y fina jeringa, el contenido gelatinoso de un frasco. Los estudiantes y sus guías se quedaron mirándola, en silencio.

—Muy bien, Lenina⁷ —exclamó el señor Foster cuando ella retiró la jeringa y se incorporó.

Pese a la luz tenue de las lámparas rojas, podía apreciarse que era extraordinariamente hermosa.

—Encantadora, encantadora —comentó el DIC, y le dio a la joven dos o tres palmaditas en el trasero, a cambio de las cuales recibió una sonrisa de deferencia.

—¿Qué les está usted administrando? —preguntó el señor Foster en un tono muy profesional.

—¡Ah, lo de siempre para el tifus y la enfermedad del sueño! —contestó Lenina.

—A los trabajadores que van al trópico se les aplica un tratamiento para inmunizarlos ante las enfermedades tropicales —explicó el señor Foster a los estudiantes. Luego, volviéndose hacia la joven, dijo—: A las cinco menos diez en la azotea, como de costumbre. Ahora —continuó, dirigiéndose de nuevo

⁷ Nombre derivado de Lenin, seudónimo de Vladímir Ilich Uliánov (1870-1924), principal dirigente de la Revolución rusa de Octubre de 1917.

a los estudiantes— me gustaría mostrarles un condicionamiento muy interesante para los intelectuales Alfa Plus.

Pero el DIC acababa de consultar su reloj.

—Me temo que hoy no tenemos tiempo para eso, Foster —dijo—. Son las tres menos diez. Hemos de subir a las guarderías antes de que los niños terminen su siesta.



En un futuro cercano, tras una terrible guerra, la sociedad global se ha transformado. Se ha impuesto el for-
dismo, un modelo de producción industrial en el que los mismos humanos forman parte de una gran cadena
de montaje, que persigue el consumo continuo y sin fin, las clases sociales son fijas e inamovibles, los sen-
timientos se han aletargado y el único consuelo es el soma, la potente droga legal que distribuye el Estado.

Una adaptación del texto publicado por Aldous Huxley en 1932 en la que se conserva la intención irónica y el
estilo del autor.

